

MARTÍN RAMOS, José Luis: *Rojos contra Franco. Historia del PSUC, 1939-1947*, Barcelona, Edhasa, 2002, 421 pp.

A: La última obra del profesor Martín Ramos aborda la historia del partido de los comunistas catalanes desde la derrota republicana en la Guerra Civil y el comienzo forzoso del exilio hasta 1947 cuando finaliza una determinada orientación estratégica comunista imperante hasta entonces en Cataluña. Se trata de un periodo breve pero intenso, años de lucha, represión, cárcel, extrañamiento y muerte, que el autor sigue y rescata con laboriosidad minuciosa en un extenso relato. Además de continuar en cierto modo sus trabajos anteriores, como *Els orígens del partit socialista unificat de Catalunya, (1930-1936)*, publicado en 1977, Martín Ramos amplía y profundiza el panorama conocido por las obras de Pike, Heine, Morán y Caminal.

B: La historia arranca en las horas difíciles de la caída de Cataluña en el invierno de 1939. Comienza una dispersión hacia Francia que se presume breve y circunstancial. Las primeras discusiones entre los dirigentes comunistas están dedicadas a los asuntos más inmediatos, las responsabilidades de la derrota de Cataluña, y a cuestiones aún más espinosas, como las relaciones con el gobierno Negrín, que ha excluido al PSUC de la ayuda del *Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles (SERE)*, y a las relaciones con el Partido Comunista de España. De la primera reunión del comité central del PSUC, celebrada en marzo en París y conocida como “comité de Amberes”, salió formulada una declaración de alto contenido independentista en un doble sentido: tanto en lo que se refería a la vinculación de Cataluña con el resto de España como en lo circunscrito a las relaciones del partido comunista catalán

con el español. Este comité adoptó también el compromiso de los comunistas de combatir junto a Francia en la que se preveía ya inminente guerra contra el fascismo.

El objetivo inmediato del PSUC con vistas a su no integración en el PCE, sería la admisión, alcanzada en junio, en la Internacional Comunista como sección nacional; sin embargo, sostiene Martín Ramos, este hecho marca el comienzo de una afinidad política máxima entre el PSUC y el PCE, exigida y pagada a cambio del reconocimiento en las altas instancias del comunismo internacional. Frente a las proclamas del artífice de este éxito, el secretario general Joan Comorera, el reconocimiento internacional no llevaba consigo mayor autonomía, sino asimilación a los usos vigentes, como la llamada bolchevización del partido, es decir la uniformización ideológica y política, puesta en vigor sin dilación por medio de la expulsión de diversos dirigentes, críticos con el alineamiento incondicional de su partido con la IC, con el PCE y con la URSS (Miquel Ferrer, Serra Pamiès, Aymamí, Soler Vidal, y otros).

El exilio comunista catalán se concentra principalmente en Francia y en América; aquí la dispersión geográfica y la fragmentación ideológica, enfrentamientos incluidos, amén de la lejanía de España, redujeron la actividad política, obligada a asimilarse a la del PCE. Por el contrario en Francia destaca, y es mérito notable de esta obra revelarlo, la figura política singular de Josep Miret, quizá el primer comunista peninsular capaz de articular una política de resistencia antinazi desde París, independiente no sólo del PCE, encabezado por el irregular dirigente Jesús Monzón, sino también de las directrices lejanas de Comorera o de las órdenes del comunismo

internacional. Josep Miret, “la vanguardia frecuentemente olvidada de la resistencia comunista en Francia” (128), puso en marcha una organización aunando militantes catalanes, franceses, españoles e internacionales con tenacidad, imaginación y eficacia. Su hermano Conrad desaparecería en los cuarteles de la GESTAPO; un tiempo después el propio Josep sería trasladado a un campo de concentración nazi donde moriría en 1944.¹ Estas circunstancias han convertido a Miret en un héroe modélico del comunismo; se ha ocultado, sin embargo, que desarrolló su política de resistencia ejemplar haciendo caso omiso de las directrices emanadas del secretario general, que no dudó en destituirlo de su puesto dirigente en Francia. Miret superó también las maniobras de marginación promovidas por otros dirigentes comunistas en Francia, Monzón entre ellos.

Los comienzos de la lucha comunista en Cataluña contra el régimen franquista adolecen de la improvisación y falta de planes que siguieron a la hecatombe de la derrota. Las direcciones políticas en el exterior no logran elaborar y transmitir unas orientaciones políticas con que empezar un movimiento de oposición. En Cataluña surgen y se constituyen núcleos resistentes cuya primera razón de ser es la propia subsistencia y la solidaridad con los encarcelados y perseguidos. La policía al acecho se encarga de matar, literalmente en muchos casos, estos grupos dispersos de nombres hoy ignorados que Martín Ramos hace revivir para la historia: Matos, Alba, Pons, Assa, Pardinilla, Donaire, Peñarroya, etc.

Algo más adelante, en 1942, los comunistas catalanes, en el interior y en

Francia, caen bajo la influencia de un infatigable Monzón. Su política de Unión Nacional se adopta en Cataluña; su hombre en el PSUC es Pere Canals, venido de América sin el consentimiento de Comorera; después de arrinconar a otros dirigentes, como Serradell, consuma “la intromisión del PCE en los asuntos internos del PSUC”. Un debilitado PSUC acepta pasivamente el proyecto insurreccional de Monzón que comienza con la “invasión de Arán”. “El traspies” de Monzón, explica Martín Ramos, se produce en el momento de euforia de las victorias de la resistencia en Francia, si bien en Cataluña “ni el PSUC movió un dedo” (225, 226). Martín Ramos no rechaza la aventura aranesa ni culpa de su fracaso exclusivamente a Monzón; lamenta sus efectos devastadores sobre las organizaciones comunistas españolas y concluye con esta sorprendente afirmación: “La UNE perdió su condición hegemónica y los comunistas españoles emprendieron una larga travesía a la defensiva, hasta que consiguieron dinamizar de nuevo su presencia social en España y su acción política con la nueva línea desarrollada bajo el título de la ‘reconciliación nacional’, dos décadas más tarde” (227). Uno se siente inclinado a suscribir plenamente esta afirmación, pero, entonces, cabe preguntarse: ¿qué sentido tiene el resto de este libro, qué la supuesta acción política comunista con sus graves riesgos?, ¿qué valor hemos de otorgarle hoy, en suma? No hay conclusión cierta en estas páginas. Lo cierto era la debilidad extrema de la organización comunista catalana en la hora de la derrota del fascismo en Europa que no llevó a la victoria en España.

Y el empeño en la resistencia. El regreso de Carrillo a Francia significa retomar el control de la organización y meter en cintura a monzonistas del PCE y del PSUC. Canals sobreviviría más de un año al frente de su partido, asimilando su política más y más a la del PCE: “resistir es

¹PONS PRADES, Eduardo, *Espanoles en los campos nazis*, Barcelona, 2002, pp. 95-97, relata la estancia y muerte de Miret en el campo austríaco de Mauthausen según el testimonio de Marino Constante.

vencer”, porque brillando con un activismo militante “para tener peso específico” (315) e independientemente de los resultados (y de las víctimas, añadamos), se llegaría a reconocer su existencia como una más entre las restantes fuerzas antifranquistas. No había “lucha de masas” (aunque se convocaba a ella), ni actividad sindical; “el peso fundamental del activismo comunista (se situó) en la resistencia armada” (259). Frágil e inconexa, era fácilmente desarbolada por la avidez represiva: golpes de abril, de julio de 1945, sobre guerrilleros, sobre militantes de Barcelona... Hasta que el cerco policial se estrechó sobre un bien oculto Monzón. Martín Ramos reconstruye con rigor los detalles de la detención casual del dirigente navarro, custodiado por Canals en una casa de la falda de la montaña del Tibidabo, mientras se retrasaba su viaje de rendición de cuentas a Francia ante Carrillo a causa de una enfermedad. La irritación del PCE por una captura que consideró sospechosa llevó a “dar la orden de ejecutar a los dos principales colaboradores de Monzón en Madrid... Gabriel León Trilla, asesinado el 6 de septiembre y Alberto Pérez Ayala...” Martín Ramos no da las fuentes de esta orden de la dirección comunista española. Pero parece cierto que, como consecuencia de los asesinatos llevados a cabo, Canals pudo empezar a temerse lo peor.

La dirección comunista catalana impulsa la formación de nuevos grupos y nuevas acciones guerrilleras. El autor analiza *in extenso* la Asociación de Fuerzas Armadas de la República Española, poco a poco controlada por el PSUC y los planes de lucha armada, junto a los de otros grupos, como si se tratara de “propaganda por el hecho”, a falta de una actividad sindical y obrera propia.

Los imposibilidad de fraguar una dirección estable y libre de los enfrentamientos internos recurrentes y el azote constante de la represión policial (no se

sabe qué es más grave, dice Martín Ramos) ponen en peligro terminal la posición de Canals, quien, según el autor, “se precipita en el abismo”, un circunloquio cuando menos sorprendente, vistos los muchos interesados en su caída. Por sus errores en la dirección y por la escasez de resultados parece destinado “al infierno” (314, 315). No registra el autor aquí la serie de crímenes atribuidos a Canals, como no sea el de resistirse a considerar a Monzón agente el enemigo y el de haber desobedecido las órdenes de Comorera, entre otras la de integrar la política del PSUC en la del PCE. Su caso se precipita definitivamente a raíz de la vuelta a Francia de Comorera, ante el que tiene que comparecer un cada día más frágil dirigente interior. “Procesado”, leemos sin conocer detalle alguno del procedimiento, abandonado ya de todos y acusado de pecados tales como el personalismo en la dirección y la corrupción, Canals se presentó en Francia ante el secretario general y “desapareció” en febrero de 1946 (precisa el autor corrigiendo versiones erróneas anteriores) por obra y gracia de Comorera (y no de otros dirigentes comunistas a los que a veces se les imputó esta desaparición no esclarecida hasta el presente).

El “golpe de mano” de Comorera, según el autor, un modo de resolver la cuestión “al más puro estilo estalinista”, no daría al dirigente catalán el control pleno del PSUC porque, entre otras circunstancias, las presiones del PCE para integrar en uno ambos partidos se incrementaron hasta lo irresistible en la posguerra. La resistencia en Cataluña se limitaba a la lucha guerrillera -bien descubierta por la investigación de Martín Ramos-, activa hasta la gran “caída de los 80” de 1947, con resultados políticos más bien nulos. La liquidación policial de esta guerrilla catalana, anterior a la desplegada en otras zonas de España, pone fin a la etapa de la

primera resistencia comunista en Cataluña. Seguirá un período de desconcierto, ensimismamiento organizativo y los al parecer inevitables ajustes de cuentas que acabarán por llevarse por delante al triunfador de años anteriores y, con él, a todo el proyecto de un partido comunista catalán.

C: Son muchos los asuntos que se ofrecen al lector de esta obra para un “diálogo, intercambio de opiniones e interpretaciones” (377) como pide el autor en la “Despedida”.

Trataré de contribuir a todo ello a continuación. Es de destacar, ante todo, el valor de una investigación como ésta, llevada a cabo mediante el uso de fuentes primarias nunca antes utilizadas de los archivos de los partidos y de los expedientes policiales, penitenciarios y judiciales; el panorama resultante roza lo exhaustivo. En mi opinión, el valor de este esfuerzo se agiganta con las revelaciones de algunos casos especiales: los de Miret, Canals, Monzón y Comorera.

Martín Ramos ha logrado rescatar del olvido los nombres de muchos resistentes antifranquistas, la mayoría de trayectorias generosas y entregadas hasta el límite de sus fuerzas. Esto no obstante, cabe preguntarse por el significado político concreto de sus luchas. Lamentablemente parece bajo, o muy bajo; al menos la investigación no lo deja entrever. No cabe, pues, zanjar el asunto con recursos del tipo “sea cual sea la valoración ideológica e histórica” (388). En realidad ésta es la cuestión central con que nos enfrentamos al estudiar el pasado, el de la resistencia comunista en este caso, sobre el que siguen vigentes visiones canonizadoras a priori, con independencia de la coherencia y racionalidad de los planteamientos. Compete a la historia tratar de establecer el juicio ponderado, al margen de las caricaturas y los estereotipos fáciles.

Martín Ramos lo hace, a veces en el texto, pero preferentemente en las conclusiones: así en el análisis de la lucha armada (“poco realista” después de 1945), en su visión crítica de Comorera, en la invasión aranesa... ¿Por qué no se hace todo esto a lo largo del texto, a medida que los hechos discutibles, susceptibles de crítica o meramente criminales se van produciendo? Es probable que entráramos en otra lógica narrativa más distanciada y convincente.²

De otro modo, el recorrido de nombres, acciones, organizaciones y caídas a manos de la policía corre el riesgo de la irrelevancia. Por contraste, falta la formulación política, la plataforma, el programa o las estrategias de las organizaciones en lucha. Porque la fórmula que acuña Martín Ramos no es satisfactoria. La ecuación “resistir es vencer” que según el autor manejaba el comunismo español de la época no es un postulado político de nada, sino el resultado de una radical insuficiencia. Fue una decisión voluntarista de unas organizaciones políticas llenas de carencias y contradicciones, algunas destacadas también por Martín Ramos. Jorge Semprún, un activista comunista con el nombre de Federico Sánchez, recuerda el *dictum* napoleónico apropiado por Lenin, *On s'engage, et puis on voit...*, cuya práctica indiscriminada tantas calamidades ha reportado. Pues bien, Semprún, que también lo aplica a su propio activismo, se pregunta tiempo después: “¿No hubiera sido mejor meditar más, analizar mejor las cosas antes de comprometerme? ¿No hubiera sido preferible hacer caso a

² No cabe esperar esta tarea de las «memorias» de los protagonistas. Las recientemente publicadas del dirigente del PSUC desde 1943 Miguel NÚÑEZ, *La revolución y el deseo*, Barcelona, Península, 2002- aunque interesantes y valiosas como testimonio de un hondo compromiso político, omiten toda referencia a cualesquiera de los asuntos problemáticos que venimos comentando.

quienes, directa o indirectamente, me habían puesto sobre aviso?”³

Martín Ramos se limita a constatar que la respuesta del comunismo al régimen fue de “confrontación activa”, como una “manera de contrarrestar el aislamiento” de otras fuerzas políticas, si bien “los resultados concretos... eran otro cantar”. Era de esperar que estos planteamientos llevaran a un cuestionamiento más general de la lucha del comunismo español, de las estrategias de resistencia planteadas por una dirección exterior, alejada si no huida y no siempre concedora de las condiciones vividas en el interior. Porque si la lucha interior comportó sacrificios elevados, pero no llegó a concretarse en acciones de masas como a veces se pretendía desde el exterior y la repercusión en el proletariado fue mínima, ¿cómo no intentar establecer más nitidamente el significado de esta lucha y hacer ver las limitaciones reales de una actividad que aparece como puro activismo, actúo luego existo? Precisamente por esto creo que el título de la obra podría presentarse entre interrogantes. Por lo demás, las permanentes confrontaciones internas entre dirigentes y entre partidos “hermanos” que tanto tiempo consumieron autorizarían a hablar también de “Rojos contra sí mismos”.

El carácter de un partido como el PSUC es también un asunto problemático. Su especificidad, que se explica al final del texto en razón de sus orígenes heterogéneos, es objeto de idas y venidas a lo largo del texto, en relación con el PCE sobre todo; no se explican con claridad qué diferencias políticas se les interponen, excepción hecha de la diferente posición ante el pacto germano-soviético de 1939; pero aquella especificidad se considera perdida en 1939 nada menos. ¿Qué objeto tiene entonces la constante enumeración de

algo ya desaparecido o inexistente? Además de los deseos integradores de determinados dirigentes del PCE, Martín Ramos enumera las maniobras del secretario general catalán para usar en beneficio de su puesto político la especificidad del comunismo catalán, unas veces acentuándola, diluyéndola otras. A la larga, Comorera fue un aprendiz de brujo y quien acabaría saliendo desfigurado sería ese pretendido carácter singular del partido comunista catalán. Sin negar las responsabilidades evidentes de un dirigente manipulador, a la postre escaldado y víctima de parecidos manejos, no puede desconocerse la naturaleza *per se* uniformizadora del comunismo desde sus orígenes leninistas y exacerbada hasta el pleno monolitismo ideológico en los tiempos de Stalin. ¿Qué especificidad podría desarrollar un pequeño partido territorial?

La aportación de Martín Ramos a la historia de la lucha antifranquista y los interrogantes que plantea contribuyen a enriquecer nuestros conocimientos y a mantener vivo el interés y la necesidad de seguir debatiendo y profundizando en este mismo campo.

Felipe Nieto

³ *Adiós, luz de veranos...*, Barcelona, Tusquets, 1998, p. 125.